Félix Morales Prado

La belleza es el ángel del misterio

A mi hijo, a Lola, misterios, ángeles.

Las gotas de rocío
ornan el paraíso
y resbalan, gozosas, celestiales,
por las vaginas de las azucenas.
El sueño, moribundo y feliz,
está lleno de ángeles
que entran por la ventana
con las brisas del mar.
La piel se impregna de promesas azules.
El cuerpo se despierta
a través de un bostezo
en el que ríen las hadas del paisaje.
El mundo, nuevo,
parece una utopía
que el amor aprovecha
para sembrar las almas.
Todo es jardín y fiesta.
¿Por qué, entonces,
se dice el caminante,
esta tristeza vaga
que me acaricia,
desde tanta hermosura,
el corazón?

La puerta de mi alma está cerrada

y escucho dentro al pájaro que muere,
el triste aleteo de su asfixia.
Quiero salvarlo y busco el alimento
(Chopin navega por la habitación)
pero el alma está dormida y no me abre.

Al otro lado de mí
la luz está tal vez abierta
como una flor cansada.
Desde ese sitio
donde en vez de morirme como ahora
yo ahora nazco,
hacia aquí me dirijo,
a este otro lado en el que escribo
golpeando el misterio del espejo.

Los relámpagos sobre el cielo lejano
estallan en los sueños
por los que escapa la tristeza,
mi tristeza, esa gallina muerta.
Cierro el paraguas, entro en un bar vacío.
Huele a vino callado.
Me busco por las mesas
y tengo frío en la memoria.

Las nubes se parecen a esos cromos

con los que juegan las niñas
y que al darles la vuelta
la soledad jaspeada de las calles
convierten en promesa
que arropa el corazón.
Entre el tan-tan de las campanas
tiembla la luna blanca.
Al fondo
de la melancolía
brilla el viento.

La lluvia llora, lava
las paredes del alma.
Todo es como una mariposa que muere.
El viento lame la emoción,
lengua de perro.
El pensamiento duerme
mientras que lo transita
un amor inventado.

El sonido claro de las campanas cae hacia arriba
en el cielo de una tarde de otoño
y el retrato del alma está en el arabesco
de una pared descalichada.

La ciudad es un mar de paraguas.
En primer plano, un vagabundo muere andando

y, bajo sus pies, estalla un charco
mientras se recoge la falda la muchacha
que ha perdido su amor de juventud
en esa muchedumbre irremediable.

Hay noches
que juegan conmigo en los jardines del sueño,
me invitan a extraños laberintos,
me besan y al final devienen
desconocidos parajes envueltos por la lluvia
donde soy un extranjero peregrino.

En medio de la laguna hay una hermosa casa
y su belleza consiste
en que nunca está cuando alguien va a verla.
Un paje vestido de muchacha
se pasea siempre por delante de su puerta
con una llave en cada mano.
Una es para abrirles a aquellos que vienen.
Otra es para abrirles a los que nunca vienen.
Las gayaretas gritan en los marjales.

Galopando a través del alma destrozada,
información de otros paisajes
en un lenguaje que no existe.
El traductor llora impotente por los bares nocturnos
y, entre copas y besos, reconoce algún eco
del mensaje perfecto,

del mensaje vacío.

¿Qué significa el gamo que pienso ahora?
¿Por qué ha surgido de pronto en mi conciencia
y se aleja a través de este verso
cuando el bosque interior parecía solitario?
Ya nunca volverá.
Ha dejado un mensaje
que no entiendo.

Del corazón del recuerdo
huyen la playa y el pájaro.
Las nubes lo cubren todo.
El amor, triste, se esconde.
Fotografías de olas
y crepúsculos de vino.
El caminante en la orilla
sólo encuentra frío muerto.
Cuando se apague aquel faro
el barco será un fantasma.

La piel amarilla del día de verano
se mece en las olas.
Un niño de ojos tristes como estrellas
mira el horizonte.
Corazón de mirlo, tiene dentro un mundo
oscuro y callado.

Se bebe la luz que se va al tocarlo
como agua de sueño.

Padecemos la fiebre del mar.
Nuestra cama es entonces la arena
antes de que el alba nos despierte rodeados
por charcos llenos de hipocampos.

En medio del mar verde
el barco arde.

Sus velas o sus alas
se apagan en el agua.

Y los peces se comen
la foto de las llamas.

He caído
en la tristeza suave de la tarde.
Y he preguntado a Dios
por los hermanos muertos.
Tal vez los pájaros
tradujeron su voz
bajo la bóveda del cielo.

Estábamos en ese sitio
donde la música se duerme.

Todo se había despedido.
Nos preguntábamos
por el misterio del tiempo
y aún nos quedaba el brillo de la mar.
Por los espacios doblados de la noche
vagaban sentimientos, teorías,
amenazas
y aquel aroma fresco del nombre de las olas.

Yacía el mar abandonado bajo la luna de setiembre.
La noche, hecha a fantasmas de fiestas y canciones,
llevaba ahora su soledad a cuestas
y, como los amores se habían ido,
el rastro del perfume estaba en su intensidad más dolorosa.

Surgió del rompeolas el animal más húmedo.
Lloraba.
Traía la historia en su mirada de ese país lejano
que nunca existe y que está en nuestros sueños
y luego se confunde con el olor del aire
de las tardes de otoño o de las madrugadas.
Subió reptando entre casas y jardines
hasta el rincón que todos abandonan.

Las almas de los muertos y los ángeles
se besan en la noche.
Rayos y fuegos fatuos iluminan
gallardetes y árboles.

El misterio del mundo se ha desnudado.
No hay testigo de este suceso irrepetible
y en eso consiste su belleza.

La niña de los pájaros ha olvidado su nombre
y pregunta a la estatua reclinada de mármol
que le dice: Este sitio no finge su condena.
Cuando desaparezca, tú te vendrás conmigo.
La niña de los pájaros cantará esas palabras
cuando salte a la comba sin esperar el fin.
Y en el juego suave de la tarde que muere
con el vuelo que mima se salvará su alma.

Esquiva es la canción;
su alma, misterio.
Se parece a la noche.
En los días de lluvia
se deja vislumbrar
como un pájaro extraño
que vuela en la tormenta.

Quieta,
la niña lee un libro sin palabras.

Su boca,
se abre y se cierra muda.

Me llena
el corazón de ese conocimiento, el más valioso,
el que no usaré nunca.

Vienes al parque cada tarde
con ese aro que, circular,
interminable, es el revés de hora.

Y crees que haciéndolo rodar
anularás el tiempo,
comprenderás el tiempo.

Pero no entiendes
que eres tú el dios que lo permites,
su contrapunto y cobertura,
la condena, la muerte.

Olas y niebla.
Un bosque en la tormenta.
Perdido entre los dos, un punto muy lejano
parece alguien que a algún sitio camina
mientras que la distancia lo borra de mis ojos
y conduce mi alma a una pregunta hermosa:
La belleza es el ángel del misterio.

Arboles. Viento.

Un palacio en ruinas.
Colinas muy lejanas.
Nubes de piedra gris.

Mariposas enormes que golpean los cristales
en ese vuelo ciego que heredaron
del exterior que se derrumba
tan lentamente
por el camino
entre sauces cansados
un hombre
cada tarde
se pierde en la espesura.

La luz que zigzaguea,
desaparece y reaparece
en medio de los campos,
la lleva un hombre que nadie conoce,
que de ninguna manera se llama
y que viene hacia aquí sin llegar nunca y desde siempre
desde ninguna parte.
Viste como un mendigo y sufre mucho
un dolor que no entiende.
A cada instante se pregunta por todo
sin recibir nunca respuesta.
Y no sabe para qué es el cuchillo
que empuña.

Pública indiferencia. En medio está la fuente.

Arriba están los pájaros. Más arriba está el cielo
y más allá el misterio que la fuente refleja.
La gente pasa muda, sedienta, por su lado.

Cansados ya de pelearse,
cesó la algarabía.
Sobrevino el silencio.
Y todos los poetas
escucharon absortos, sorprendidos,
la música perfecta de los árboles.

Esa flor que desde dentro invade todo
en este día triste,
¿cómo se llama?
Yo sé su nombre que no entiendo:
es un ruido
que me lacera el alma y que me avisa.
Miro a lo lejos.
Parece que esta noche
no habrá luna.

Como una mano que quisiera alcanzarte,
la cabeza del lobo se recorta en la noche
de un sueño muy antiguo.
Escondido detrás de tu luna interior,
con suave y hermosa carrera
galopa el animal hacia tu centro

sobre la extensa y blanca llanura de la piel.

Se vestirá de estrellas la tristeza
y el mundo será una dulce geometría.
Caminarán los animales de las fábulas
por las fiestas de las avenidas
y los hombres, olvidados del día en que nacieron
y de sus domicilios,
parecerán niños de vacaciones.
La muerte
será arrastrada por el viento.

Mi corazón se ha mirado a los ojos
como hacen los amantes
y, al verse tan lejano,
se ha entristecido de sí mismo.

No había nadie por las calles.
La lluvia cobijaba los recuerdos
y yo volvía de ningún sitio.
Quise palpar el sentimiento antiguo
en las piedras mojadas.
Un viento racheado
me penetró, fantasma, por los dedos.
Es ella cuando era -pensé-.

El cielo (esa posibilidad azul),
la elegancia fantasma de los árboles
y el amor, si es que existe.

La casa llena de relojes muertos,
las muchachas hermosas, ingenuas e implacables
y el amor, si es que existe.

La luna tirada en la marea baja,
los reflejos del vino en el rompeolas
y el amor, si es que existe.

¿Desteñirá la música o la risa?

¿Desteñirá la imagen del espejo?

¿Se borrarán con las primeras lluvias
y mancharán el mundo con manchas indelebles?

El carmín de los labios de esa muchacha que me gusta
lleva reflejos de Vivaldi y de Beethoven.

La mirada de esa muchacha que me gusta
lleva trozos de azogue del espejo
delante del que me masturbé.

Yo sólo soy un barco ajeno y triste,

esa miel del dolor, ángel o fruta,
sabrosa soledad de la memoria.
Navego por la vida en busca de otros mares,
sepultado en el alma como un nombre cualquiera.
Me invento mis historias de amor por si me aman.

Cuerpo de lirio o luz según qué música
ese día invada el aire afortunado
que ciñe tu cintura de seda.

En octubre
se ponen tristes los espejos.
Será que entonces muerde más la memoria.
Tu cuerpo es un fantasma en el azogue.
El mundo es nada y doloroso.
El cielo llueve,
copia el ruido del amor.

Lluvia.
Enorme escoba de agua
que barre este lugar tan triste,
el alma,
esa pregunta
que la mira mientras la música intocada
es ella
con la ventana de cristales sucios
que se interpone llorando entre las dos.

Sueño en tu cuerpo dulce
de luz y de manzana
lo cubro al despertar
tengo miel en el alma.

El amor cabalga en_sueños
besos náufragos nocturnos
ángeles de ti nacidos
en mis labios tanta sed
tu cuerpo va persiguiendo
tu cuerpo van dibujando
en el papel de tu ausencia.

Hechizada por ti finge mi alma
que tú me quieres y la besas
como una niña al mar en luz envuelve
con risas y canciones me consuelas
de que no sea verdad aunque tú seas.

Magia de los jardines.
Un bosque de paraguas.
Caminabas callada con la música dentro.
Tú eras aquel sueño que tuve cuando, niño,
tú eras aquel sueño,

muchacha en la tormenta.
Te seguí y te perdiste
en el agua y la noche.
Por eso supe que eras tú.

Se ha elevado la ciudad sobre sus torres
y el ángel de la luz
sopla en los corazones de los novios.
Tintineos de campanas de cristal
bañan las flores.
Juegan los niños como si volasen.
La perfección mima, en la fuente, al agua.
Y son jazzmines las palomas
en el cielo
que las estatuas sueñan.
El paisaje es como un tapiz
que hubiese dibujado Dios
para adornar su casa
con los colores más alegres del misterio.
Tan solo un solitario
desde el rincón oculto de los sauces
lo mira todo con tristeza.

Cabecera

Portada

Índice